

calderas para guisar las comidas de los genizaros, pues todos eran alimentados á expensas del Estado, se notaron los primeros síntomas de insurrección, pero nadie creía á ésta tan adelantada que pudiera estallar tres días después atacando las casas del gran visir, del intendente Hassanager, y del egipcio Nedjib Effendi, á quien acusaban de ser el gran instigador de la reforma y su enemigo personal. Por fortuna todos salieron sin recibir el menor daño, contentándose la soldadesca con saquear sus casas y ultrajar sus haremes.

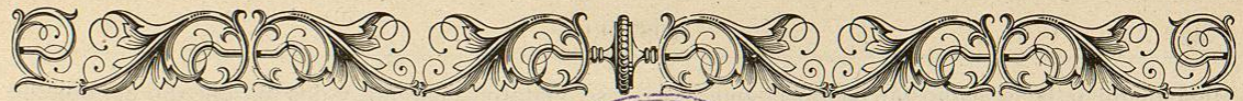
Al otro día la insurrección era un hecho, y el gran visir Mohammed Selin, que se encontraba veraneando en la orilla asiática del Bósforo, corrió al tener noticia de ello al Serrallo, reunió la gente adicta á la que se juntó todo lo más selecto de Constantinopla, comerciantes, industriales y estudiantes, y habiendo llamado al sultán que estaba también en su residencia de verano, éste acudió en seguida, acordando sacar nada menos que el estandarte del Profeta, lo que era proclamar la guerra santa contra ellos, esto es, llamar á la nación entera contra los genizaros. Llevado el estandarte á la mezquita del sultán Achmed, allí se deliberó sobre si había de tratarse á los genizaros con rigor ó si se había de rendirlos con blandura, acordando obrar contra ellos enérgicamente. Salieron, pues, las tropas leales formadas en dos columnas contra el cuartel de los genizaros, en donde la insurrección no había podido organizarse falta de jefes y por no haberla secundado las demás tropas de Constantinopla, y al poco rato de haberse roto el fuego, éste devoraba por todos lados su cuartel muriendo dentro, abrasados, gran número de aquellos miserables. Los que se salvaron de esta muerte y cayeron prisioneros, los que se habían fugado antes del combate y los que no habían acudido, en fin, todos, fueron llevados delante de dos Consejos de guerra presidido uno de ellos por el gran visir y el otro por Houssein, siendo castigados sobre la marcha los que resultaban culpables, ó mejor, siendo asesinados los que más miedo habían dado ó sea los más enérgicos.

Creíase ya dominados á los genizaros cuando éstos, apelando á uno de sus medios favoritos para imponerse, pusieron fuego á Constantinopla el 31 de Agosto, destruyendo de esta suerte la octava parte de la ciudad. El diván que sabía que mano criminal había manejado la antorcha, resolvió ser enérgico y ochocientos hombres, tal vez no todos culpables,

pagaron con la vida el incendio de la ciudad y dando lugar á la expulsión de nuevos millares de almas de gente miserable, llegando con esta medida hasta el punto de que no quedaran en Constantinopla braceros para los trabajos del muelle, obras, etc., dejando además desorganizada la compañía de bomberos, pues se calcula que habían salido expulsadas por entonces unas veinte mil personas, pero aún así y todo los que quedaban no desistían de vengarse y de vengar á los suyos intentando al efecto un nuevo y más considerable incendio señalado para la noche del 10 al 11 de Octubre, pero descubierto el horrendo plan se castigó á los que lo habían urdido y á sus cómplices, decretándose de nuevo más expulsiones. De este modo se consiguió dominar la situación, siendo recompensado Houssein con el nombramiento de seraskier ó general en jefe del imperio otomano, quien pudo ya reunir á los seis meses cuarenta mil voluntarios dispuestos á dejarse regimentar, de quienes fué ya posible sacar á últimos de 1826 alguna gente instruída á la europea para mandarla al ejército de Rechid-Pachá.

Mahmud, que había sometido á los albaneses y destruido á los genizaros, podía seguramente mostrarse orgulloso y considerarse como un hombre superior. No se infatuó el turco, porque era un hombre sencillo, y aún cuando aspiraba á una reforma radical de todas las instituciones adjetivas de Turquía, su falta de medios y hasta de perseverancia le impedían hacerse un gran hombre, si bien de los grandes hombres tenía ya la convicción de que la Providencia le había escogido, como lo demostraban sus victorias contra albaneses y genizaros.

Dudábase, empero, viéndole frecuentar la sociedad cristiana, alentar á los musulmanes á que transigieran con las costumbres europeas y principalmente con la de la bebida espirituosa prohibida por Mahoma, á lo que él se sentía particularmente inclinado; dudábase si Mahmud era más bien que un hombre serio un hombre ligero á quien importaban poco las tradiciones y costumbres del país, pero el conjunto de reformas iniciadas por Mahmud, prueban que era en realidad un hombre liberal, tolerante, expansivo y reformista, á quien solo le faltó para conseguir sus fines haber alcanzado tiempos más pacíficos, porque, como se comprenderá, era la guerra lo que hacía que se malograran los esfuerzos del sultán, pues, todos los recursos del país eran absorbidos por los armamentos.



## CAPITULO XXIV

### LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA GRIEGA DURANTE LOS AÑOS 1826 Y 1827

Planes de operaciones militares de Ibrahim-Pachá durante la guerra.—La armada griega.—Tercer sitio de Missolonghi.—Debilidad del gobierno.—Caída de Missolonghi.—Primeros efectos producidos en Grecia por la caída de Missolonghi.—El Occidente: las asociaciones filohelénicas.—Operaciones navales.—Operaciones de Ibrahim-Pachá por tierra.—Operaciones de Rechid-Pachá.—Los griegos toman la ofensiva.—Juego de los partidos políticos en Grecia.—Congreso de Troizen-Trezene.—Lord Cochrane.—Tentativas hechas para desbloquear el Acrópolis.—Caída del Acrópolis.

**I**MPOSIBLE les era á los griegos cuando habían ya tenido una campaña de invierno, pensar que Ibrahim-Pachá, que había sido reforzado con diez mil hombres á mediados de Octubre y cuando veía reunida la escuadra turco-egipcia, les dejara estar en paz, durante el invierno de 1826 á 1827.

Ibrahim, viéndose tan fuerte, creyó que debía encargarse de llevar á cabo la empresa de rendir á Missolonghi yendo á reemplazar allí á Rechid-Pachá. Salió, pues, Ibrahim para Patras,—18 de Noviembre,—enviando desde luego tres buques á Missolonghi para poner sitio á la plaza, mientras él concentraba su ejército en el campamento de Rhion, sin que una sola patrulla griega se presentara á inquietarle. Kolokotronis más tarde sostuvo que él había pedido permiso al gobierno para asolar el país, lo que hubiera retardado de veinte días el avance de Ibrahim, sin recibir contestación; lo que es muy posible, porque el gobierno griego se sentía rendido por el peso de los egipcios, y, además, prestaba, para poder atender á la guerra con eficacia, demasiada atención á los conciertos diplomáticos de esos días:

ya hemos visto que el gobierno griego lo esperaba ahora todo de la intervención. Por esto, Ibrahim, que no se dió gran prisa, no puso su campo al lado del de Rechid-Pachá hasta el día 7 de Enero de 1826.

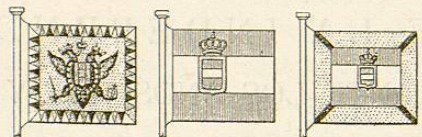
Fácil es comprender el enojo de Rechid, al ver á los egipcios venir á disputarle el honor de rendir á Missolonghi, á lo que ya hemos dicho, se había aferrado Rechid-Pachá como el perro se aferra á su presa, y por consiguiente no es de extrañar que entre los dos jefes llegaran á envenenarse hasta tal punto las relaciones, que Ibrahim para cortar la contienda le propuso á Rechid que si dentro de un mes no podía rendir la plaza que le dejase á él que la rendiría en quince días. Rechid tuvo entonces consejo con sus generales, quienes unánimes acordaron dejarle al pachá egipcio el honor que pretendía alcanzar, bien seguro de que los griegos escarmentarían su petulancia. Rechid abandonó entonces á los egipcios las posiciones que hasta aquí había ocupado, retirándose á retaguardia con promesa de que Ibrahim le defendería ante el sultán.

La escuadra griega se había visto impotente en su estado de descomposición de interponerse entre



Missolonghi y la escuadra turco-egipcia que atacó durante las operaciones preliminares para establecer dos veces el bloqueo, y Miaoulis con gran sentimiento suyo tuvo que abandonar las aguas de Missolonghi, en donde sólo había podido entrar algunas provisiones, por no poseerlas él ya en su escuadra y por faltarle víveres para mantener á su gente; sin embargo, camino para Hydra, tuvo la satisfacción de ver que ahora los psariotas, que se habían separado de él, acudían á ocupar su puesto.

Los de Hydra, al saber el estado apurado de Missolonghi acudieron á la Asamblea, en petición de socorros para poder armar sus buques y acudir en defensa de Missolonghi, y la Asamblea se suscribió desde luego por ochenta y dos mil duros, á los que



Banderas de Austria



Banderas de Prusia

siguiendo desde luego Politis con su brulote hacer saltar una corbeta turca que llevaba trescientos hombres. Al amanecer del 27 de Enero los griegos encontraron á la armada de Chosrev en línea de batalla y fuerte de sesenta velas y diez y ocho brulotes, y el combate se empeñó, combate enérgico en el que se vió rayar muy alto la pericia griega que destruyó dos brulotes turcos, obligando á la escuadra turco-egipcia á tomar la vuelta del mar para buscar amparo en los cañones de los fuertes de la costa.

Aprovechó, pues, este momento la escuadra griega para abastecer á Missolonghi, y en efecto abasteció y municionó la plaza y el castillo por dos meses, de cuya operación se encargó Sachtouris.

Lo que no se procuró, tal vez por no encontrar ahora quien quisiera ir á encerrarse en Missolonghi, fué reforzar la guarnición de la ciudad, diezmada por los combates y por la estación y cuyo ánimo no eran bastantes á levantar las victorias de la escuadra, porque ellos no dejaban de ver con temor las nuevas baterías que se estaban levantando para bombardear la ciudad y sus defensas y los aprestos que hacían para restablecer la escuadra de las lagu-

nas, que debía asaltar la ciudad por la parte de mar en donde la defensa era muy débil.

se juntaron cuarenta y dos mil que dió el gobierno y cuarenta mil que dieron los negociantes de Syra. Los grandes días del entusiasmo de 1821 habían renacido y todo el mundo estaba dispuesto á hacer toda clase de sacrificios para salvar á Missolonghi, en cuyas aguas pudo reaparecer gracias á ese entusiasmo Miaoulis el 17 de Enero de 1826.

Gracias á la sorpresa, Miaoulis, pudo hacer entrar en la plaza algunos víveres cuando ya la carestía se había declarado, pero al día siguiente,—22 de Enero,—la escuadra turco-egipcia atacó á Miaoulis y le obligó á retirarse, causándole no pocas averías. Pero no por esto desmayó el navarca griego. Recompuso como pudo sus buques y en la noche del 27 de Enero se lanzó al ataque de la escuadra aliada, con-

nas, que debía asaltar la ciudad por la parte de mar en donde la defensa era muy débil.

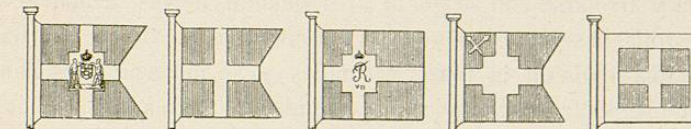
Pero no por esto desmayaba el ánimo de aquellos guerreros, hasta el punto de que se sintieran incapaces de llevar á cabo su sacrificio; solo se aflojó al ver que la escuadra griega se veía obligada á dejar el mar á la escuadra turco-egipcia, convenientemente reforzada, y esto cuando Ibrahim les avisaba que dentro de ocho días daría el asalto,—27 de Enero,—si es que antes no se rendía la plaza, por lo que les ofrecía sus condiciones, pero Ibrahim no había querido sino aprovecharse de aquel momento favorable para impresionar el espíritu de los defensores de Missolonghi; Ibrahim no estaba dispuesto y no quería atacar la ciudad sino cuando pudiera hacerlo por tierra y por mar, por cuyo motivo no abrió el fuego hasta el día 24 de Febrero, arrojando en tres días ocho mil balas y bombas sobre la pobre ciudad, que no dejaron casa en pié. Pero este terrible bombardeo no causó gran efusión de sangre, porque los rumeliotas se habían resguardado en sus galerías cubiertas y en los fosos, y la destrucción de la ciudad no había ahora hecho más que enardecerlos más y más, tanto que habiéndose apoderado Ibra-

him de una obra exterior, levantada para proteger el baluarte de Botsaris durante la noche del 28 de Febrero, al ser de día la recobraron los griegos espada en mano, sin que Ibrahim, que acudió en persona, pudiera decidir de nuevo á los suyos á intentar la reconquista de aquel puesto. Con esto Ibrahim tuvo que confesar á Rechid que se había equivocado y que era necesario que reunidos turcos y egipcios dieran el asalto.

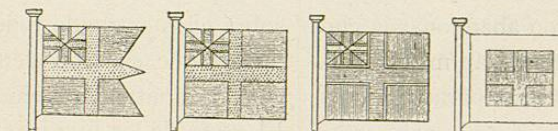
Principió el ataque por mar Houssein-Bey, con éxito, el día 10 de Marzo, apoderándose del fuerte Vassiladi, que constaba de una mala batería y de ochenta hombres de guarnición, que pudieron salvarse. El día 12 continuó el ataque contra la isla de Dolma, en donde el capitán Liakatis se sacrificó con

toda su guarnición, fuerte de doscientos hombres, que sostuvo un combate de siete horas contra dos mil hombres y cuarenta lanchas cañoneras, cuyos cañones hicieron callar muy pronto la pobre y débil batería de la isla. La toma de estos dos puntos, que tan indefensos estaban, por no haber nunca creído los griegos en el ataque por mar, dió por resultado que quedaran cortadas las comunicaciones entre Anatoliko y Missolonghi, rindiéndose aquella ciudad que había en otro tiempo salvado á Missolonghi.

Cuando esto vió el lord alto comisario inglés que recorría aquellas aguas, temió por la suerte de los de Missolonghi y quiso negociar un arreglo, pero los dos pachás, creyendo tener ya en sus manos la plaza, se escurrieron haciendo imposibles las ges-



Banderas de Dinamarca



Banderas de Suecia y Noruega

tiones de Adam. Sin embargo, los dos pachás intentaron abrir esas negociaciones con la plaza, que respondiéndoles que no estaba dispuesta á entregarles ocho mil armas ensangrentadas. En su consecuencia, continuó el ataque por mar contra la isla Kleissova, defendida por ciento treinta y un rumeliotas, con cuatro cañones puestos en batería, junto á la iglesia de la Santa Trinidad, pero al iniciarse el ataque fué á tomar el mando de la isla Tsalevas, por estar enfermo su comandante Hadschi Petra, presentándose allí con diez hombres de corazón, á cuyo ejemplo ciento cincuenta otros griegos tomaron igual heroica resolución.

Reschid-Pachá en persona dirigía el ataque,—6 de Abril,—llevando en noventa y tres barcas dos mil hombres. Durante todo el día combatióse en la isla con gloria inmortal de sus defensores, pues encerrados ya dentro de la torre de la iglesia, desde allí pudieron rechazar al fin á Reschid-Pachá, que salió herido, perdiendo luégo la vida Houssein-Bey, al atacar la iglesia, cuando Ibrahim le dió esta orden creyendo que los suyos serían más afortunados que los turcos. Tsalevas se apoderó como trofeos de la victoria de más de un millar de fusiles y de siete de las barcas.

Si en este día los defensores de Missolonghi hubieran aprovechado la noche para abrirse paso por entre los sitiadores, lo hubieran conseguido porque el ejército sitiador estaba desmayado, en vista del gran descalabro que habían sufrido, principiando por dudar ya Ibrahim si con la ayuda de Reschid y todo conseguiría apoderarse de Missolonghi. Pero los defensores de esta ciudad, que otras veces se habían visto no menos apurados, no habían perdido la esperanza de ser socorridos á tiempo por la escuadra de Miaoulis, y esto que ya el hambre principiaba á hacerse sentir.

Mas los defensores de Missolonghi esperaban vano. La escuadra griega no podía acudir porque había tenido que dispersarse falta de recursos, y ni Kolokotronis y los suyos tuvieron alientos para hacer algo serio en Tripolitsa, ni el gobierno heleno pudo mandar al coronel Fabvier y su gente á Missolonghi, porque no tenía dinero para abastecer á aquella gente, que no hubiera podido vivir sobre el país que estaba asolado, por cuyo motivo se lanzó á Fabvier contra la isla de Eubea, que tan aciaga había sido para los capitanes griegos y en donde hubiera acabado igualmente Fabvier si el conde Porro no le hubiera libertado, pues los de Eubea,



escamados con lo que antes había sucedido, le dejaron abandonado con su gente, cuyo valor y disciplina, fué impotente contra el número, quedando con esto desacreditada una legión que había sido la esperanza de Grecia.

Miaoulis, sin embargo, pudo volver á las aguas de Missolonghi, pero ya solo con treinta velas, encontrando á la numerosa escuadra turco-egipcia extendida de modo que no dejaba paso por ningún lado. Sin embargo, el astuto é intrépido marino descubrió un paso y por allí pudo hacer llegar algunos sacos de harina á la plaza, pero descubierto el paso por la armada aliada, quedó cerrado, de modo, que el 15 de Abril Missolonghi quedaba completamente aislada. Miaoulis no por esto desesperaba de forzar la línea y arrojarse con su gente por entre las lagunas con todas las provisiones que traía, pero de esto no se sabía nada en la plaza, y la necesidad era tanta que sus defensores tuvieron que resolverse á tomar un partido antes que la falta de fuerzas no les pusiera á merced del vencedor. En su consecuencia, resolvieron abandonar la ciudad, de modo, que en ella no quedaran más que los enfermos y heridos, imposibilitados para seguirles, y como estos sabían cual sería su fin al penetrar los turcos, se les llevó á un molino de viento arruinado, en donde se encontraba una parte de la pólvora de la ciudad, á fin de morir junto con los que fueran allí á asesinarles, lo que no se puede concebir sin sentirse uno lleno de horror y de admiración para los que con tanta sangre fría disponían su tumba. Fuera, pues, de estos y de unos pocos como el Kapsalis que querían sacrificarse á su lado, todos debían seguir á los dos mil quinientos combatientes que se habían distribuido en tres columnas, al mando respectivamente cada una de ellas de Kitsos Tsavelas, Notis Botsaris y Makris, quienes debían abrir la marcha y el paso, siguiendo luego la gente sin armas y las mujeres disfrazadas de hombres con los niños áuestas, viniendo á la retaguardia una parte de los combatientes. Fijóse la salida para la noche del 22 de Abril y de ello se había dado aviso á Karaiskakis y demás jefes griegos que rondaban al rededor del campo sitiador para que les dieran la mano simulando aquel día un ataque por parte de la montaña. Ofreciendo estos cumplir lo que se les pedía y lo que no cumplieron faltos de fuerzas, creyendo pues ser secundados los de Missolonghi, lo dispusieron todo para llevar adelante su fuga, y al efecto, por la noche se fueron concentrando todos en los puntos de salida, pero en esto no se llevó la decisión heroica con aquel sigilo que la misma temeraria

empresa requería; así las guardias de la línea de ataque enemigo estaban inquietas por el rumor que percibían aun cuando no pudieron darse cuenta de tener encima á los defensores de Missolonghi. Luego prolongó esta situación el estar esperando la señal para la salida que había de ser la del combate que se tratara por la parte de la montaña, pero este no venía y regresar á Missolonghi era arrojar esta última tabla de salvación, pues los turcos habían de adivinar lo que se había tratado de ejecutar y habían de impedirlo en lo sucesivo. Por consiguiente, los que iban á la cabeza se pusieron en marcha y la masa entera emprendió el movimiento de avance.

Forzóse el paso, pero al llegar los no combatientes delante de las trincheras enemigas, se asustaron con aquellas obras que habían sido ya abandonadas y se hicieron atrás llenos de espanto imprimiendo á la cola de la columna un movimiento general de retroceso, que apresuraron los turco-egipcios que acudían de todos lados y que cargaban sobre ellos entrando todos juntos en la ciudad.

Los que salieron llenos de confianza se fueron para la montaña, abriéndose paso los combatientes. El resto de los fugitivos cayeron casi todos en poder de sus enemigos, que no perdonaron á nadie. La columna de Makris fué aniquilada por la caballería egipcia. Las otras dos se salvaron en número de mil trescientos hombres.

En Missolonghi los turco-egipcios tuvieron que emplear dos días para dominar á una gente dispuesta á morir antes que caer en sus manos. Estos últimos heroicos defensores de Missolonghi, tuvieron alientos primero para hacer volar el baluarte de Botsaris por donde entraban los sitiadores á la plaza con gran carnicería de enemigos. Luego en cada sitio en que se hacían fuertes este era el final, morir se-pultando á los que les mataban.

Nadie desertó de su puesto de honor. El obispo José al verse ya acorralado quiso hacerse saltar con sus enemigos poniendo fuego á un barril lleno de cartuchos, pero no murió de esta suerte, de la que no salió sino lleno de quemaduras, siendo en seguida decapitado por los turcos. El viejo primado Kapsalis que había resuelto morir con los que no habían podido seguir á los que huían, había concentrado aquella masa de no combatientes en la fábrica de cartuchería y allí esperó el asalto de sus enemigos, volando con ellos, cuando hubieron penetrado en número para degollarlos.

Los del molino resistieron hasta el día 24, pero ya en este día cansados de luchar los que en él se

habían fortificado, entre ellos el médico suizo Meyer, el ingeniero Kokinis, el poeta Trikoupis, hermano de Spyridion y otros, pegaron fuego á la pólvora y volaron como todos los demás defensores de Missolonghi. Así termina el sitio de esa ciudad heroica digna emula de Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona.

Cuando la Asamblea que se había reunido en Epidauros para elegir gobierno para aquel año supo la pérdida de Missolonghi, quedó muda de terror y espanto. Todos creían ya inútil mayor resistencia, perdida la patria, y ni siquiera hubieran llegado á nombrar nuevo gobierno, si Kolokotronis no se lo hubiese poco menos que exigido, reanimando su abatido espíritu con su resolución de esperar á los egipcios en las montañas del Peloponeso. Nombróse pues nuevo gobierno, á cuyo frente se puso á Zaïmis, y tan perdido se vió todo que, hasta el mismo Kontouriotis pidió permiso para emigrar á la isla de Cerigo, y es seguro que no queda en el continente helénico un centro de resistencia, si los hydriotas que sabían la suerte que les esperaba á todos ellos por haber sido el alma de la insurrección, no pusieran poco menos que un cordón para impedir la fuga de los primados griegos.

En el extranjero la caída de Missolonghi agitó terriblemente la opinión poniéndose del lado de los helenos los mismos que hasta entonces habían combatido la insurrección de esa raza bastarda; pues ¿qué valía hablar de Leonidas y de las Termópilas, delante de los miles de Leonidas de Missolonghi? Gobiernos y pueblos, gente culta é ilustrada, lo mismo que el pobre hombre que no sabe más que sentir, todos cuantos, en fin, sienten latir el corazón por la idea de patria y de independencia, y en 1826 eran muchos los que en Europa estaban de entusiasmo por tales ideas, pues aún vivían los que habían defendido la patria y su independencia contra los napoleónicos, todos estos hombres sin distinción de partidos ni de clases, se levantaron en Francia, en Inglaterra y en Alemania pidiendo que no se dejara morir de esta suerte á un pueblo, para quien el sacrificio de la vida de sus hijos era el menor sacrificio que se les podía pedir.

Pero si algo se necesitaba para que el occidente europeo se levantara en favor de la oprimida Grecia, lo facilitó el obispo de Artá al hacer público lo que sucedía en Missolonghi en donde se vendía para esclavos y eran transportados á Egipto como ganado miserable, los pocos defensores de Missolonghi que la muerte había respetado, los restos destrozados de sus familias.

A la cabeza de ese movimiento de protesta y de socorro púsose el nuevo rey de Baviera, el rey Luis que había subido al trono en 1825. Cuando se enteró de lo que pasaba, puso inmediatamente en manos del Comité de rescate de los cautivos veinte mil florines, luego dió otros treinta mil francos, á los que añadió otros treinta mil florines para acompañar los veintiseis mil francos que habían suscrito las gentes de palacio. El Comité de Munich suscribió sesenta y cinco mil francos y todas esas cantidades fueron al Comité de París, que, como ya hemos contado, estaba á la cabeza de los filohelenos europeos. En fin, para comprender hasta dónde llegó la admiración y el horror por todo lo que había pasado y pasaba en Missolonghi, bastará decir que Prusia se dejó arrastrar por esa corriente general de simpatía viéndose al clero, á los industriales y á la familia real vaciar sus bolsas para remediar tanta desgracia reuniéndose en pocos días doscientos cuarenta mil francos, que sirvieron para remediar la miseria de los que habían conseguido escapar á la isla de Kalamos. En fin, en Bélgica, en Holanda, en el Luxemburg y en Suecia se formaron nuevos comités, se abrieron suscripciones, cuyo importe por consejo de Eynard, que en estos días se desvió para remediar tan grande calamidad y rehacer las fuerzas morales de los griegos, se concentró en las cajas del Comité de París, de modo que mientras Canning y Nesselrode pretendían ser ellos solos los que decidieran la suerte de Grecia, el espíritu público europeo ponía su confianza en París, de la que se esperaba que hiciera por la humanidad y por la libertad de Grecia algo más digno del liberal espíritu europeo que no podía representar, como no le han representado nunca, el egoísta inglés y el autócrático ruso.

No se crea que exageramos el papel que en estos momentos representó París, y es evidente que sin fijarse en este movimiento espontáneo de la opinión pública en Francia, no se comprendería luego como Inglaterra y Rusia viéronse obligadas á contar con Francia cuya acción habían querido anular.

Gervinius, dice: «Después de la caída de Missolonghi, el Comité de París principió á publicar una serie de publicaciones periódicas que debían dar una expresión auténtica á la protesta permanente de los pueblos civilizados en favor de los griegos. Puede demostrarse, con auxilio de los documentos, que el Comité, semejante á una pequeña potencia independiente, siguiendo una política claramente trazada, según los más honrosos principios, y proponiéndose alcanzar, por medios racionales, un fin